

Sección "Informes breves y ensayos"

Las Manos Sucias de Jean-Paul Sartre y la justificación política del kirchnerismo de José Pablo Feinmann

Celeste Vecino

Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires
emece.v@gmail.com

Resumen

En 1947 Jean-Paul Sartre escribió *Las manos sucias*, una obra que tenía como fin intentar una defensa del PC y de su dirigencia, en aquel momento fuertemente cuestionados por su obediencia a la cúpula burocrática de la URSS, y la consecuente política de acuerdos que a fines de la Segunda Guerra Mundial mantenían con el fascismo y con el imperialismo. Parte de los argumentos que están por detrás del conflicto presentado en la obra son retomados por José Pablo Feinmann en *El Flaco*, en el que se presentan una serie de intercambios con Néstor Kirchner vistos a través del prisma de la relación entre la figura del político y la del intelectual.

Las manos sucias

En el esquema de analogía con la obra sartreana que Feinmann mismo acusa, Kirchner representaría al Hoederer de *LMS*, un dirigente del PC acusado de traición por pactar la repartición del poder luego de la guerra, mientras que el propio Feinmann encarnaría la figura de Hugo, un joven intelectual y principista al que le encargan la tarea de asesinar al dirigente. Según afirma Sartre en posteriores artículos, Hugo representa en la obra no sólo la figura del intelectual sino, más específicamente, a la joven intelectualidad burguesa que no termina de encontrar su lugar en el momento político objetivo. Este momento es caracterizado por lo que Sartre denomina en 1950 el “objetivismo stalinista”, una actitud de la dirigencia de la URSS que consiste en tomar a la conciencia, es decir, a la subjetividad del movimiento obrero, como efecto absoluto y nunca como causa de los cambios políticos; y que resulta en una escisión entre las masas obreras por un lado y los ideólogos y jefes del partido por otro: estos últimos se erigen como técnicos del saber, únicos capaces de interpretar de manera objetiva el momento político y de, por lo tanto, decidir el curso de acción del Partido (hacia adentro y hacia fuera de las fronteras rusas); mientras que los obreros se limitan a obedecer.

“En la hipótesis objetivista, las masas se maniobran. La certidumbre del jefe le permite tratarlas como objeto” (Sartre, 1950). Es por esto que, así como a nivel mundial opera la situación en Yugoslavia, en la obra el personaje de Hugo representa la entrada de la subjetividad en el aparato dogmático soviético; y levanta por lo tanto la sospecha de sus compañeros: “la subjetividad es una tara constitucional cuyo segundo nombre es traición” (ídem).

Por su crianza Hugo no puede equipararse a los militantes de cuna obrera; por su purismo nunca va a estar completamente convencido del accionar del partido. En numerosos pasajes de la obra se hace hincapié en la obediencia ciega que deben tener los militantes a las órdenes de los dirigentes; Hugo no puede plegarse a esta consigna.

En el transcurso de los hechos en la obra, durante el tiempo en que está cumpliendo con su misión y ganándose la confianza de su líder, genera con él un vínculo ambivalente: si bien termina cuestionándole abiertamente su modo de accionar, sólo lo hace en tanto desarrolla con él un lazo afectivo y personal, que finalmente impide que lleve a cabo la misión tal como la había proyectado.

Interesa señalar especialmente esta ambivalencia, la que existe en el vínculo entre Hugo y Hoederer, pero también, la que quiere presentar Feinmann —con o sin éxito— en su relación con Kirchner, la que aparece y reaparece en la relación de la intelectualidad argentina con el kirchnerismo y más generalmente, con el peronismo; y finalmente la misma que en su propio recorrido político y respecto del PC manifiesta Sartre, en el que es sugerente encontrar ya expresiones semejantes a la “adhesión crítica” que profesan hoy un gran número de bienpensantes k:

(...) yo siempre quise ser —y todavía quiero serlo—, respecto a los comunistas, un “compañero de ruta” crítico. Creo que el deber de un intelectual es unir la disciplina y la crítica. Es una contradicción, pero una contradicción de la que somos responsables, y es deber nuestro conciliar las dos cosas (Sartre, 1964a).

Según sus propias palabras, es justamente el cometido explícito de *LMS* el “examinar dialécticamente el problema de las exigencias de la praxis en el tiempo” (ídem). La conclusión de este análisis es la ponderación de la figura de Hoederer como hombre de acción que no teme ensuciarse las manos para lograr los fines que en el largo plazo realizarán mejor los principios del Partido. En detrimento de Hugo, que cree actuar acorde a principios ideales que no se “ensucian” —precisamente porque al ser ideales no pueden realizarse, y “si la realidad se forja, la pureza de la idea se altera” (Sartre, 1964b)— Sartre opone su propia visión de una moral sujeta a la praxis, para la cual no hay valor absoluto sino valores relativos a los fines propuestos.¹

Este es el núcleo teórico de lo que hoy utiliza Feinmann para explicar o justificar el desarrollo del kirchnerismo sobre la base de un orden burocrático reificado. La teoría de la acción sartreana sirve para explicar la posibilidad de la praxis en un contexto de fuerzas ya dado, y en este sentido quiere continuar la tradición del materialismo; sin embargo, por esto mismo corre el riesgo de confundir —y éste es al menos según creemos el caso de Sartre— medidas excepcionales ligadas a la coyuntura con políticas consistentemente contrarias a los intereses de las masas. En el caso de la URSS, la fe en el futuro de la revolución en muchos casos extendió esta confusión: el mismo Trotsky lo advertía cuando afirmaba que “los jefes del bolchevismo veían en estas medidas [la supresión de los partidos de oposición en manos de la burocracia soviética], en contradicción evidente con el espíritu de la democracia soviética, necesidades episódicas de la defensa y no decisiones de principio” (Trotsky, 1972).

Sartre mantuvo siempre —y deliberadamente— una postura ambigua respecto a Rusia. Si bien es cierto que en el año de publicación de *LMS* aún no se sabía en Francia, por ejemplo, de la magnitud de los campos de concentración soviéticos, ya al inicio de la Segunda Guerra Mundial muchos de los intelectuales del círculo de Sartre habían roto relaciones con el PC y denunciaban la creciente burocratización de la URSS. En rigor, el papel que comienza a tomar la URSS en los conflictos internacionales, que ya sea por mera cercanía geográfica es aquello que podría estar más cerca del conocimiento de la intelectualidad europea, es ya reaccionario y retrógrado en los levantamientos de distintos países durante la década del 20, incluyendo en 1936 la colaboración para desactivar una huelga general en Francia.

Es importante sin embargo señalar que, al publicar *LMS*, así como en todos los escritos de la época que entran en relación con la URSS, Sartre se está dirigiendo a un público determinado, oponiéndose a sus colegas intelectuales en su mayoría anticomunistas, y cuestionando la historia oficial que estaba en vías de constituirse en torno a la izquierda. Esta “historia oficial” es la que ya denunciaba Trotsky en 1937 cuando cargaba contra quienes pretendían homologar el stalinismo al bolchevismo, la burocracia a la vanguardia revolucionaria, y remitir estas dos al marxismo como única posible expresión de la doctrina, para a partir de esto desechar la posibilidad del socialismo como vía política posible y declararla como una tendencia “en bancarrota” (Trotsky, 1975). Para el año en que es estrenada la obra, la visión de que el proletariado irreversiblemente debía integrarse al capital estaba tan difundida y consolidada entre la intelectualidad francesa, que incluso la crítica burguesa elogió el drama por tomarlo equivocadamente —o al menos, en contra de las intenciones de su autor— por una pieza anticomunista (Sartre, 1960).²

En una discusión que mantiene a través de publicaciones en *Les Temps Modernes* con Camus, y a propósito de la difusión de información sobre los campos de concentración soviéticos, Sartre (1952) afirma: “Yo he visto cómo se regocijaban, los anticomunistas, por la existencia de estos presidios; he visto cómo los utilizaban para tranquilizar sus conciencias”. Es en contrapunto con esta actitud que quiere mantener su simpatía al PC, no sin contradicciones. *LMS* es publicado en el contexto de la posguerra, en el que la polarización del mundo implicaba, a sus ojos, la necesidad de tomar partido por Occidente o por Oriente. La idea directriz con la que parecer regir Sartre todos sus debates públicos es la de que la crítica a la URSS, aunque tal vez justa, es objetivamente reaccionaria, puesto que ante la disyuntiva, estar en contra de Rusia implicaba estar a favor del imperialismo; y más aún, suponía por esto una condena a cualquier movimiento revolucionario. En este mismo sentido, Sartre batalla especialmente contra la actitud de aquellos que no se pronuncian ni a favor ni en contra del régimen soviético.³

Es en nombre de estas ideas —que resuenan en la actualidad cada vez que alguien advierte sobre “el juego a la derecha”— que Sartre se empeña en sostener el régimen soviético, y aunque admita que “la cortina de hierro es sólo un espejo y cada una de las mitades del mundo refleja la otra mitad” (Sartre, 1952), ve en él una alternativa al capitalismo. Falla tal vez en creer que esta defensa no sirve a la reacción tanto como la de aquellos que lo condenan. La historia posterior le dio luego la razón a quienes veían en aquellas supuestas medidas coyunturales un programa consistentemente contra-revolucionario, que dejaba de lado la esperanza inicial de una revolución mundial.

José Pablo Feinmann y la adhesión crítica

Si hay una conciliación posible entre los dos términos contradictorios de la fórmula de la “adhesión crítica”, ésta tendrá que ver con una cierta manera de habitar la contradicción, de vivir una tensión que de manera muy esquemática se presenta en *El Flaco* al interior del intelectual como el conflicto entre los principios ideales y la praxis real, y externamente como el conflicto entre la pureza del intelectual y las “manos sucias” del político. Feinmann insiste en que la política se trata de dar los pasos necesarios según lo que el contexto permita, atendiendo a “la realidad”; y con este argumento descarta cualquier iniciativa política que se plantee por fuera del aparato del PJ:

Si la política es la búsqueda de una decisión que pueda abrir una hendidura en el bloque monolítico del poder, el Aparato es lo ya-decيدido. El Aparato es la anti-praxis. El Aparato es una cosa. Está hecha. Construida.” Y luego: “¿Cómo se lucha contra el Aparato? ¿Dentro del Aparato o afuera? Pareciera que la única posibilidad es dentro, ya que no hay sino “el Aparato”. No obstante, pelear “dentro” del Aparato implica aceptarlo. Jugar con sus reglas (Feinmann, 2011).

En principio, hay una distancia entre afirmar que el Aparato es del orden de lo consolidado, y decir que es la totalidad de lo real: esta última tesis va más allá de lo evidenciable en la dirección de desconocer toda tradición política por fuera de la que aquí se quiere ensalzar. Todavía más grande es la distancia entre afirmar la imposibilidad de pensarse por fuera del aparato, y la necesidad de aceptarlo. En este movimiento teórico Feinmann hace peligrar la idea de la tensión, que en Sartre es una dialéctica, entre la libertad radical del hombre y la correlación real de fuerzas sobre la que se basa la noción

de praxis, al desdibujar el polo de la libertad, es decir, de la posibilidad.

En rigor, lo que está puesto en juego es la línea divisoria entre el pragmatismo político y la llamada *realpolitik*: Feinmann inscribe al gobierno kirchnerista dentro de la segunda línea, sin dar sin embargo demasiadas razones al respecto. ¿Cuál es el elemento decisivo que separa a Kirchner del pragmatismo político, que lo separa a su vez de figuras como Menem —que también comenzó, según Feinmann, una carrera política íntegra hasta que “se vendió”? Parece insistirse en distintos pasajes del libro en que la originalidad del kirchnerismo, y aquello que hace de Néstor Kirchner una figura ponderable es su determinación a no reprimir ninguna protesta y/o conflicto social. Pero si la no represión es la esencia del kirchnerismo, el núcleo que no puede cederse ni aún ante la avanzada de la “realidad”, no se puede ante ciertos hechos seguir colocándolo del lado de la *realpolitik* sin un cierto cinismo.

Una teoría de la praxis que contemple las estructuras reificadas y recibidas por el hombre no debe sacrificarse en favor de una libertad etérea y sin asimiento en la realidad; sin embargo, el hombre es también el intento de superar esas estructuras, y tal teoría debería cuidarse de no hacer una apoteosis de lo real. Esto es lo que sucede en la justificación del kirchnerismo que hace Feinmann; y tal vez, en la postura de Sartre frente a la URSS, realizada sin embargo en otro contexto y con otros fines como guía. Para un intelectual francés en la posguerra se abrían dos caminos que llamaban a una toma de posición; para Sartre, la decisión se resolvió en la esperanza (que nunca abandonó) de que llegase el momento de la instauración del socialismo a nivel mundial. En relación a este proyecto es que surge la obra y la consecuente defensa de la figura de Hoederer, que luego retoma Feinmann. Este, sin embargo, termina tomando partido por Hugo, quizás en un intento de salvarse de la acusación de pragmatista; pero logrando en cambio solamente disociar aún más los dos términos de la contradicción: su propia pureza de intelectual que no se resiste a abandonar, y su compromiso político real como defensor, a cualquier costo, del kirchnerismo.

Notas

¹ “La praxis se controla por los juicios de valor que engendra y que son indiscernibles de los juicios de hecho; así la verdadera política contiene implícitamente en ella su apreciación moral propia. Y el medio de juzgar totalmente la empresa de un gobierno, es juzgarla políticamente” (Sartre, 1957).

² “Cuando LMS fue representada (...) los críticos de extrema izquierda y los de la prensa burguesa se observaban y esperaban. Finalmente, habiendo decidido los primeros que estaba contra su partido, lo que en modo alguno correspondía a mi intención, los otros la aplaudieron como una máquina de guerra y, por esto, les dieron razón” (Sartre, 1964c).

³ Es muy interesante a este respecto ver cómo se adelanta a tópicos que luego van a ser moneda corriente en el pensamiento europeo: la filosofía del acontecimiento, la reivindicación de la pasividad y la potencia por sobre el acto, etc; como maneras de pensar que reivindican la inacción y que surgen como una clara reacción al terror al que llevaron los “ideales” del siglo XX. Combate sobre todo la figura de las “almas bellas”, que ven en cualquier rebelión un instinto monstruoso de poderío.

Referencias

- Feinmann, José Pablo (2011) *El Flaco. Diálogos irreverentes con Néstor Kirchner*. Buenos Aires: Planeta.
- Sartre, Jean-Paul (1950) “Falsos sabios o falsas liebres”, en *Problemas del marxismo I*. Buenos Aires.
- Sartre, Jean-Paul (1964a) *Entrevista de Paolo Caruso a propósito del estreno de Las Manos Sucias en Italia, en Sartre por Sartre*. Buenos Aires: Jorge Alvarez.
- Sartre, Jean-Paul (1964b) *Entrevista de Le Nouvel Observateur, en Sartre por Sartre*. Buenos Aires: Jorge Alvarez.
- Sartre, Jean-Paul (1964c) *Entrevista de L'Express, en Sartre por Sartre*. Buenos Aires: Jorge Alvarez.
- Sartre, Jean-Paul (1957) “El fantasma de Stalin”, en *Problemas del marxismo II*. Buenos Aires.
- Sartre, Jean-Paul (1952) “Respuesta a Albert Camus”, en *Polémica Sartre-Camus*. Buenos Aires.
- Trotsky, León (1972) *La revolución traicionada*. México: Juan Pablos Editor.
- Trotsky, León (1975) *Bolchevismo y stalinismo*. Buenos Aires: El Yunque.